Año: XX, Abril 1979 No. 436

N. del D.: El Sr. Kristol es Profesor Henry Luce de Valores Urbanos en la Universidad de Nueva York, NYU, Senior Fellow del Instituto de Empresa Americana y miembro contribuyente de la redacción del Wall Street Journal. Este artículo fue publicado por ese diario en su edición de Nov. 16 de 1978.

La economía del crecimiento

Irving Kristol

Si usted es recién graduado de Ciencias Económicas casi seguramente le fue requerido cursar alguna clase sobre la «Economía del Desarrollo» (Cómo los países pasan de pobres a ricos). Este tema ha sido de interés especial durante las tres últimas décadas para los economistas, sobre todo cuando se relaciona con los denominados «países pobres», «países subdesarrollados», «países en desarrollo», «Tercer Mundo», etc.

Ya existe una vasta bibliografía sobre el tema, el que se ha convertido en una de las ramas florecientes de la Macroeconomía (La economía de los países, distinta de la de los individuos o de las empresas, las que caen dentro de la Microeconomía). Esta literatura es altamente técnica, muy matemática, inmensamente complicada, y tiene significativas implicaciones relativas al establecimiento de las políticas de los gobiernos.

Desafortunadamente esta moderna y sofisticada investigación sobre la riqueza de las naciones parece conducirnos a otro callejón sin salida, situación que es admitida con renuencia por los propios «economistas del desarrollo».

Tomemos un libro de texto general bastante utilizado sobre el tema, como el del Profesor Higgins con todo y sus 918 páginas. En su libro titulado «DESARROLLO ECONÓMICO: PROBLEMAS, PRINCIPIOS Y POLÍTICAS», el Dr. Benjamín Higgins expresa dentro del Prefacio con admirable candidez: «No ha habido ningún progreso dramático en la Teoría General del Desarrollo». Más adelante reflexiona: «¿Acaso hay alguna lección fácil de aprender de la experiencia de los países ricos?». Se responde a sí mismo el autor: «La respuesta es claramente NO». Prosigue luego a través de las casi mil páginas recontando las complicadas respuestas que los economistas han adelantado, pero haciendo notar que las mismas son inadecuadas. El autor agrega ocasionales recordatorios de que aún se ignoran con precisión «las relaciones funcionales estratégicas» entre los factores que originan el desarrollo (Población, educación, inversión de capital, etc.). Todo ese ejercicio académico parte de la premisa que aunque no nos conduzca a ninguna parte, por lo menos representa «progreso intelectual». De no ser así, libros como ese no existirían.

Hay algo más que ligeramente absurdo sobre este asunto. El crecimiento económico, después de todo no es un misterio de la naturaleza como lo son las manchas oscuras de una lejana galaxia. Es la consecuencia de la acción intencional de seres humanos, sin embargo, es algo en que la humanidad ha estado conscientemente involucrada por sólo dos siglos, y si el lector ya es de cierta edad, es un fenómeno del que hemos sido testigos durante nuestra vida. ¿Cómo es posible que estemos en esta condición de ignorancia acerca del desarrollo de los países?

La respuesta es que no lo estamos. Sabemos mucho más sobre crecimiento económico que lo que los economistas parecen poder decirnos o desean decirnos. Es más, me atrevo a asegurar que para todo propósito práctico, ya sabemos todo lo que necesitamos saber sobre el asunto. La pregunta es pues, ¿por qué nuestros economistas del desarrollo, con todo y Premios Nobel, saben menos que nosotros?

Yo sugiero que la explicación de esta aparente paradoja tiene que ver con la ideología política de estos economistas de hoy, y como corolario, también tiene que ver con sus aspiraciones profesionales.

Han habido dos grandes economistas que nos dieron las explicaciones necesarias sobre el crecimiento económico, las que son congruentes con la experiencia histórica, y nuestra propia experiencia personal. Ellos son Adam Smith, en el siglo XVIII, y Joseph Schumpeter de nuestro siglo. Mas aún, sus explicaciones son casi idénticas y pueden resumirse así: Cuando las personas tienen la libertad de ocuparse en actividades económicas con el fin de mejorar su condición de vida, y más importante aún, cuando a los emprendedores se les deja en libertad de innovar, entonces hay crecimiento económico. Cuando esas libertades son restringidas por el gobierno, se reduce el crecimiento, o simplemente este no ocurre.

La verdad de estas ideas se confirma con un casual examen de la historia, así como con la simple observación de las condiciones económicas de algunos países. Pero esta es una verdad que resulta incómoda para muchos, y hasta inaceptable para otros, sobre todo por las cosas que no dice.

Esta verdad no expresa, por ejemplo, que aún en las circunstancias más favorables todos los países crecerán al mismo ritmo. Las distintas tradiciones, costumbres, culturas, religiones y hábitos resultan en distintas tasas de crecimiento económico. Esto no debiera considerarse como un problema. Los pueblos tienen el perfecto derecho de escoger entre distintas tasas de crecimiento, ya que la selección de cualquiera implica un costo social o cultural. (Por ejemplo: cambios en valores culturales que pueden juzgarse más valiosos que una mejoría económica). Sí constituye un problema sin embargo, cuando la igualdad (incluyendo la igualdad de los países) se convierte en un ideal importante de realizar. La mayoría de los economistas del desarrollo están muy apegados a la idea de una mayor igualdad entre las naciones, y hasta se afligen cuando el crecimiento económico no parece lograrla.

Ellos también se aferran a la idea de una mayor igualdad de ingresos dentro de las naciones, y encuentran la fórmula Smith-Schumpeter deficiente por su silencio sobre el tema. La verdad es que esta fórmula sólo predice que TODOS MEJORARAN su condición, y no que todos lo harán de igual forma. En la actualidad, debido a que la humanidad es más homogénea que heterogénea, con talentos y habilidades bastante diseminados, una economía capitalista no aumenta las desigualdades de ingresos. Más aún, después de cierto tiempo parece ser que reduce las diferencias. Pero para los que piensan que la igualdad es tan importante como el crecimiento, los resultados del capitalismo no son ningún alivio y han salido a buscar una mejor teoría del crecimiento económico.

Más importante aún, la fórmula Smith-Schumpeter no ofrece ningún consuelo a estos economistas, los que hoy son la mayoría, ya que creen que el crecimiento económico es

algo engendrado y controlado por el gobierno, pero desde luego, con el consejo y asesoría de los economistas.

Debemos notar la forma en que el término desarrollo económico ha reemplazado el término anterior de crecimiento económico. Crecimiento, en su sentido biológico, es natural y normalmente no requiere de la constante atención de un médico. Desarrollo, en cambio, es una noción suficientemente vaga, que deja espacio para un desarrollador. Es natural que los economistas estén poco dispuestos a creer que el crecimiento económico va a suceder sin su ayuda.

Debemos hacer notar también, que la fórmula Smith-Schumpeter pone al crecimiento económico muy afuera del enfoque de la macroeconomía. Es indiferente al PNB (Producto nacional bruto) o a las estadísticas nacionales de ingresos. No ofrece ninguna fórmula complicada para seleccionar la relación «mejor» o «correcta» entre los agregados económicos. Hasta niega la posibilidad de explicar el crecimiento económico por medio de un análisis exhaustivo de las condiciones económicas previas, que es lo que la mayoría de estudiosos en el campo están tratando de hacer. El crecimiento económico conforme a nuestra fórmula no es el caso en que determinado estado de cosas se planifica, o accidentalmente se construye, para dar como resultado una mejor situación económica. El crecimiento económico es el caso en que las personas responden a incentivos de una forma natural. Estos incentivos están siempre presentes. Los gobiernos sólo pueden frenarlos, pero no crearlos.

En breve, el crecimiento económico pertenece al área de la microeconomía, la que en términos simples, es la economía de la empresa privada, sea esta de un individuo o de una corporación. En términos aún más francos: tiene que ver con las personas que tratan de hacerse más ricas y con algunas de ellas que se harán mucho más ricas que las otras. Si este espectáculo le disgusta, ya sea por razones ideológicas, morales, religiosas o estéticas, entonces usted preferirá buscar una «teoría del desarrollo» que convierta al gobierno en el actor central del drama y a la planificación central, como la recomiendan y la han concebido los economistas, en la fuente del dinamismo económico. Toda la literatura sobre desarrollo económico no es más que la búsqueda inútil de esa teoría.

Esta infructuosa búsqueda, si bien es desapasionada, es persistente. Los gobiernos pueden fácilmente mejorar las estadísticas macroeconómicas construyendo 1,000 barcos o 10,000 pirámides. Pero esto siempre será a expensas de los ciudadanos, los que en ese momento serán restringidos de mejorar su nivel de vida. Cualquiera que sea la relevancia de la macroeconomía en relación a la estabilidad económica, asunto que también está en disputa, no tiene ninguna relación con el asunto del verdadero crecimiento económico. Ese crecimiento tiene sus raíces en el más llano egoísmo individual que responde a incentivos para mejorarse, y no en ninguna sabiduría sofisticada del gobierno.

Eso es todo lo que sabemos, y para ser más prácticos, es todo lo que necesitamos saber sobre la «Teoría del Desarrollo».